
LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA DE LA COMUNICACIÓN EN MÉXICO:

notas para un
balance reflexivo

Raúl Fuentes Navarro

Como en todos los países en donde se practica la investigación académica de la comunicación, en México atraviesa actualmente por una crisis o transformación compleja y multidimensional, cuyo análisis no puede limitarse a las particularidades nacionales. Los dos números dedicados por el *Journal of Communication* en 1993 a reflexionar sobre "el futuro del campo" permiten apreciar los notables cambios que sufrió la "conciencia disciplinaria" anglosajona en apenas una década, después de aquel memorable *Ferment in the Field* de 1983, y no es ésta la única publicación internacional en donde se encuentran resonancias diagnósticas y prospectivas con el caso mexicano. En términos generales puede afirmarse que, aunque la recurrencia de los debates sobre la propia identidad del campo de la comunicación se puede interpretar como un signo de su inmadurez científica, e incluso de su "pobreza intelectual" (Peters, 1986), el permanente análisis reflexivo implicado en esos debates es también una indicación de su vitalidad y de su probable centralidad para las ciencias sociales del siglo XXI (Giddens, 1989).

A partir de tal reconocimiento, este trabajo pretende contribuir a la elaboración de un balance reflexivo sobre la investigación académica de la comunicación que no puede ser sino colectivo y provisional, y que se propone con base en los resultados de un estudio amplio sobre los pro-

cesos de “estructuración” de este campo en México, realizado por el autor en los últimos cinco años (Fuentes, 1997).

Este estudio estableció tres dimensiones contextuales relevantes para analizar la estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México: la cognoscitiva, la sociocultural y la institucional. En la primera se incluyeron los factores y procesos de cambio que afectan la producción, reproducción y circulación del conocimiento sobre la comunicación y las estructuras y fenómenos socioculturales en términos más amplios, así como el sentido de las actividades y sistemas académicos. En la dimensión sociocultural se consideraron los factores y procesos de cambio ocurridos en esas actividades y sistemas en relación con las estructuras (nacionales e internacionales) culturales, políticas y económicas, sujetas a transformaciones de amplio alcance en los años recientes. Finalmente, la dimensión institucional se refirió concreta y específicamente a los cambios en que confluyeron los factores cognoscitivos y socioculturales tanto al interior del sistema nacional de educación superior como en las relaciones de éste con la sociedad.

Como es obvio, desde la dimensión cognoscitiva se analizaron los factores determinantes de la inconsistencia disciplinaria del estudio de la comunicación, desde la dimensión sociocultural las condiciones de dependencia estructural propias del país, y desde la dimensión institucional las características particulares de la crisis universitaria nacional y en particular las políticas de impulso a las actividades de investigación.

A partir de este “triple contexto”, se definieron heurísticamente nueve procesos de estructuración del campo académico de la comunicación, operantes a diversas escalas (individual, institucional, sociocultural), referidos a:

- Constitución de los sujetos (trayectorias académicas, orígenes sociales, etc.);
- Formación/conformación de *habitus* (esquemas de percepción, valoración y acción);
- Profesionalización (apropiación de competencias académicas y calificación laboral);
- Institucionalización social (organización de programas, asociaciones y publicaciones);
- Institucionalización cognoscitiva (conformación de “matrices disciplinarias”);
- Especialización de la producción (intercambios científicos intra e interdisciplinarios);

- Auto-reproducción del campo (formación e incorporación de nuevos agentes);
- Legitimación social (obtención social de autoridad científica y autonomía relativa);
- Asimilación/acomodación del sentido en el cambiante entorno sociocultural.

La instrumentación de las fuentes primarias de datos para esta investigación incluyó tres tipos de trabajo empírico directo: la sistematización documental, una encuesta con tres instrumentos y una serie de entrevistas no estructuradas. Participaron directamente como sujetos 49 investigadores de la comunicación, mexicanos o residentes en México, casi todos ellos adscritos a alguna de las seis universidades donde se ha concentrado la práctica de la investigación: la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Colima y el ITESO.

Para documentar el balance reflexivo en esta ocasión, se han seleccionado tres de los análisis realizados sobre el campo de la investigación académica de la comunicación en México: en el primero de ellos se resumen los resultados de la sistematización documental, de manera que puedan quedar objetivadas las tendencias principales de la producción publicada; en el segundo se presenta una caracterización básica de las representaciones subjetivas que constituyen lo que podría considerarse el núcleo de la ideología profesional de los investigadores mexicanos de la comunicación; finalmente se expone un modelo de la "doble disyuntiva" que enfrenta el campo en los años noventa, síntesis conclusiva del estudio citado.

Tendencias de la producción publicada

En 1988 se publicó *La investigación de comunicación en México, sistematización documental 1956-1986* (Fuentes, 1988), recuperación de 877 documentos en que quedaron plasmados los productos de treinta años de actividades de investigación mexicana en el campo. Ahí quedó claro que la institucionalización era incipiente y que en realidad había comenzado a manifestarse apenas a mediados de los años setenta en el país. Sobre la situación entonces presente, hace una década, se sugerían interpretaciones y perspectivas que hasta esa fecha no se habían realizado con detalle suficiente, pero que trazaban una panorámica que pronto

quedó obsoleta. No obstante, esta sistematización documental dio pie para un estudio más amplio y más enfocado sobre los individuos e instituciones productoras, que se publicó en 1991 con el título *La comunidad desapercibida; investigación e investigadores de la comunicación en México* (Fuentes, 1991). En este ensayo quedaron más claramente definidas las "tensiones" estructurales y coyunturales que habían determinado las características de la producción, y cómo es que el país, las instituciones y los sujetos cambiaban, así como cambiaban los objetos de estudio y los marcos teórico-metodológicos. Con eso se hizo posible emprender el estudio integral de los procesos de estructuración del campo académico, cuyo producto más acabado es el libro que se titula precisamente *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México* (Fuentes, 1997).

Como ya se señalaba, entre los distintos insumos de este estudio, la sistematización documental siguió siendo básica. Pero, para formular con mayor precisión después de 1986 qué y cómo había cambiado, qué había permanecido y porqué, fue necesario actualizar o, mejor dicho, continuar la recuperación de los productos publicados. De manera que se elaboró *La investigación de la comunicación en México, sistematización documental 1986-1994* (Fuentes, 1996), en que se mantuvieron básicamente los criterios de selección de la anterior recopilación, aunque para superar ciertos defectos y ajustar el trabajo a algunos de los cambios detectados, se eliminaron de la segunda obra los trabajos no publicados, es decir, las ponencias y los informes inéditos. En cambio, se incluyeron tesis de posgrado, que suelen ser proyectos sólidos de investigación. Por lo demás, se seleccionaron los documentos que contuvieran aportaciones, así fueran colaterales, al conocimiento sistemático de la comunicación en México, provenientes sobre todo de la academia, publicados entre 1986 (no incluidos en el libro anterior), y diciembre de 1994. Este nuevo *corpus* de análisis quedó formado por 1,019 documentos.

La primera tendencia entonces, que surge de inmediato a la vista, es la del crecimiento sostenido de los productos publicados de investigación en México, pues entre 1986 y 1994 se pusieron en circulación más de estos productos que en los treinta años anteriores. Si hasta 1986 más de la mitad de los documentos seleccionados habían sido publicados después de 1980, la suma de ambos *corpus* elevó la proporción hasta el 84% en 1994. Este dato puede ser más elocuente si se invierte: sólo el 16% de los productos mexicanos de investigación de la comunicación se publicó antes de 1980. Esto reafirma que se trata de una actividad

que se encuentra en plena fase de expansión en México, iniciada hace menos de veinte años, y que a mediano plazo se puede esperar que siga creciendo. Pero para analizar las características de este crecimiento, hay otros indicadores bibliométricos que pueden servir de base.

En cuanto al medio de presentación de los trabajos, se puede hablar de una tendencia también muy clara hacia la formalización de los mecanismos de publicación. Entre 1956 y 1986, sólo el 78% de los documentos habían sido publicados formalmente: 129 libros, 495 artículos en libros o revistas y 58 monografías o cuadernos seriados, para un total de 682 trabajos. Entre 1986 y 1994, sin incluir documentos inéditos, hay 126 libros, 772 artículos, 44 cuadernos monográficos y 77 tesis de posgrado, para un total de 1,019 textos. Tres rasgos sobresalen dentro de esta tendencia a la formalización de las publicaciones: el establecimiento del formato "artículo" como opción predominante, la publicación de libros colectivos, y una considerable descentralización en cuanto a los lugares de edición.

Aunque el predominio del formato artículo parece obvio, no lo es tanto. Supone, por una parte, el propósito de los investigadores de sintetizar y concretar sus trabajos en términos relativamente más provisionales y discutibles que en un libro, pero más detallada y fundamentadamente que en una ponencia, y por otra, la institución de revistas especializadas como medios de comunicación interna de la comunidad académica. Aunque ninguno de los dos supuestos ha alcanzado en México el grado de desarrollo de otras ciencias sociales, ni mucho menos el *standard* internacional, en la investigación de la comunicación se percibe con claridad el proceso hacia la institucionalización de este sistema básico de comunicación científica. Del *corpus* total de 1,896 documentos sistematizados, 1,267, es decir, el 67%, son artículos. Esta proporción aumentó en los años más recientes: pasó del 56% entre 1956 y 1986 al 76% entre 1986 y 1994.

El 30% (235) de los artículos publicados en estos últimos años forma parte de libros colectivos, que incluyen dos modalidades: los coordinados por uno o dos editores, que encargan trabajos a diversos investigadores alrededor de distintos aspectos de un tema general y, más frecuentemente, los compilados por uno o dos coordinadores que reúnen y organizan un libro sobre la base de las ponencias presentadas en algún encuentro o congreso. Aunque no son estrictamente memorias, estos libros han sido un recurso crecientemente usado para difundir los trabajos presentados en esas reuniones. Un caso notable, aunque excepcional, fueron los cuatro libros editados por el comité organizador del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, celebrado

en Acapulco en octubre de 1992, que se entregaron al comienzo con la mayoría de las ponencias que se presentarían en él.

Pero la mayor parte (70%, 537) de los artículos publicados entre 1986 y 1994 están incluidos en revistas académicas especializadas. En estos años hubo un cambio notable en este aspecto en el panorama de la investigación mexicana de la comunicación, pues de las diez revistas más importantes vigentes a fines de 1994, sólo una existía en 1986: *Cuadernos de Comunicación*, que se edita desde 1975 aunque desde 1984 con una periodicidad anual. Las otras nueve fueron creadas en estos años: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, del Programa Cultura de la Universidad de Colima, en 1986; *Comunicación y Sociedad*, del antes Centro de Estudios de la Información y la Comunicación (CEIC), ahora Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara, en 1987; la *Revista Mexicana de Comunicación* de la Fundación Manuel Buendía, en 1988; los *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, del Programa Institucional de Investigación sobre Comunicación y Prácticas Sociales de la Universidad Iberoamericana, en 1990; *Versión, Estudios de Comunicación y Política*, del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM Xochimilco, en 1991; los *Cuadernos del Posgrado* del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana, en 1992; el *Mexican Journal of Communication*, de la Fundación Manuel Buendía, en 1993; los *Cuadernos del Departamento de Comunicación* del ITESO y el *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación*, en 1994. Todas ellas parecen haber pasado, al menos, la difícil etapa inicial de toda publicación, pero tanto *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* como *Comunicación y Sociedad* están ya en otro nivel: han sido incluidas por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en el *Índice de Publicaciones Científicas de Excelencia*.

Es claro, entonces, que los medios de difusión de la comunidad académica sufrieron una renovación casi total en los últimos diez años, con la excepción ya señalada de *Cuadernos de Comunicación* y de la continuidad de órganos que no pertenecen específicamente al campo, aunque incluyan artículos sobre la comunicación desde hace décadas, como la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. El último número de *Comunicación y Cultura*, editado por la UAM Xochimilco, salió en 1985; también en ese año el último de los *Cuadernos del CEC*, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; el más reciente de los *Cuadernos del TICOM* (UAM Xochimilco) se publicó en 1986; *Connotaciones*, de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, desapareció en 1983; *Intermedios*, de la Dirección General

de Radio, Televisión y Cinematografía, sólo alcanzó a publicar ocho números, entre 1992 y 1993. Muchas otras revistas, que lograron cierta importancia, también desaparecieron.

Esta "renovación" de las revistas académicas de comunicación es muy importante, no sólo en lo que representa la fragilidad del plano estructural de la institucionalización del campo de la investigación, sino también en el carácter científico de los artículos publicados. En las nuevas revistas de diseminación, a diferencia de las de divulgación que predominaban anteriormente, se han establecido mecanismos de arbitraje anónimo para la selección de los trabajos a publicar, así como ciertas normas formales para los artículos, lo cual sin duda ha contribuido a elevar el nivel científico de las publicaciones y con ello, probablemente, también el rigor de las investigaciones.

Hay, en suma, datos muy interesantes en cuanto a las revistas, que dan pie a análisis de escala más amplia sobre los factores que se manifiestan en ellas y en los artículos que publican, que indican impactos diferenciales de la crisis económica que se acumulan y entrecruzan concretamente en la producción de investigaciones sobre la comunicación. Por ejemplo, cuenta mucho la presión por publicar que han inducido los nuevos sistemas de evaluación y promoción laboral para los investigadores, especialmente el Sistema Nacional de Investigadores, al mismo tiempo que es indudable el crecimiento y desarrollo del campo académico y su aprovechamiento más racional de los recursos de apoyo, que son relativamente más escasos que una década atrás.

No puede dejar de señalarse, así sea también muy brevemente, la fuerza de la descentralización que se percibe en las publicaciones sobre investigación de la comunicación en los años más recientes. Si del *corpus* correspondiente al periodo 1956-1986 alrededor del 85% de los documentos fueron publicados en la zona metropolitana de la ciudad de México, en el periodo 1986-1994 esta proporción decreció hasta el 56%. El incremento más notable corresponde a dos ciudades del occidente del país: entre Guadalajara y Colima se publicó el 27% de los documentos, aunque otras doce ciudades donde se editaron trabajos dan cuenta en conjunto de sólo un 3%. Es decir, la fuerza de la "descentralización" es engañosa, aunque no deja de ser real. Quizá sea más adecuada la figura de la formación de un "segundo polo", todavía menor y todavía prácticamente único, de "centralización periférica" o de "subcentralización".

Esta "bipolaridad" es también una tendencia de los últimos años, considerando no el lugar de publicación de las investigaciones, sino el lugar de su producción. Es interesante subrayar que hay un crecimiento

paralelo de la proporción de la investigación de la comunicación que se produce y la que se publica en la región centro-occidente de México, pues los productos incluidos en cada una de las respectivas cuentas no son exactamente los mismos: en la región se produce investigación que se publica fuera de ella y en ella se publica investigación que se produce en otros lugares. El crecimiento de la producción de investigación en esta región es más rápido y acentuado que el del total nacional, y muy similar al de la publicación: pasó de constituir el 12.2% hasta 1986, al 29.5% en los últimos diez años. Hay que hacer notar que las dos publicaciones reconocidas por el CONACYT se editan en Colima y Guadalajara.

Aunque son muy incipientes los resultados todavía, parece comenzar a seguirse este patrón de emergencia de nuevos polos de desarrollo o de referencia para la investigación en Monterrey y en Puebla, lo cual sería muy afortunado para la investigación nacional. Aunque no se puedan documentar aquí con más detalle estos análisis, la relación entre lo "nacional" y lo "regional" en la investigación de la comunicación en México puede quedar mejor ilustrada si se toman como unidades de análisis las instituciones y los individuos productores de la investigación.

Poco más del 70% de los productos de investigación académica de la comunicación en el país, entre 1986 y 1994, ha sido generado por investigadores adscritos a sólo seis instituciones, tres de ellas ubicadas en la región centro-occidente. Esta tendencia a la concentración exige una revisión de los factores por los que en esas universidades, y no en otras, se han dado las condiciones relativamente más favorables para la práctica de la investigación, así como "índices de productividad" de sus académicos, en todos los casos, superiores al promedio nacional. De los veinticinco investigadores con mayor número de publicaciones en estos últimos años, sólo cinco no trabajan en alguna de esas seis instituciones, que son como ya se había indicado, la UNAM, la Universidad Iberoamericana, la UAM Xochimilco, la Universidad de Guadalajara, el ITE-SO y la Universidad de Colima.

Por otra parte, en la primera sistematización documental se incluyeron 877 documentos, de 420 autores. En la segunda, 1,019 textos de 326 autores. La simple división de estas cifras indica que hasta 1986 se incluyeron 2.08 trabajos por autor en promedio, mientras que entre ese año y 1994 este promedio ascendió a 3.12. Antes de analizar el contenido de las publicaciones, hay que decir que esta tendencia a la concentración de la producción de investigaciones sobre comunicación puede indicar tanto una cierta maduración de la actividad como algún grado de estancamiento o "freno" en la tasa de reproducción de la comunidad de

investigadores. Tomando 1986 como punto de referencia, es claro que hay más investigadores que publican mucho aunque también menos que publiquen poco, antes y después de esa fecha. Los 25 autores de quienes se incluyeron más publicaciones en la *Sistematización Documental 1986-1994* son: Javier Esteinou, Enrique Sánchez, Guillermo Orozco, Raúl Fuentes, Jesús Galindo, Jorge A. González, Rossana Reguillo, Francisco Aceves, Néstor García Canclini, Fernando Mejía Barquera, Carmen Gómez Mont, José Carlos Lozano, Florence Toussaint, Raúl Trejo, Fátima Fernández, Mercedes Charles, Delia Covi, Gilberto Fregoso, Rafael Reséndiz, Pablo Arredondo, José Luis Gutiérrez, Carlos Luna, Alma Rosa Alva de la Selva, Eduardo de la Vega y Carlos Monsiváis. La mitad de ellos comenzaron a publicar trabajos con cierta regularidad sólo en los años más recientes, aunque ninguno es menor de 35 años.

Con estos datos parece haber base suficiente para sostener que la investigación mexicana de la comunicación ha estado pasando por una etapa de transición, que bien se podría llamar estructural, en los últimos diez años. De un conjunto de esfuerzos aislados y la mayor parte de ellos fundados en la pura fuerza de la voluntad, se ha ido pasando a grados de institucionalización y profesionalización de las prácticas universitarias de investigación que le otorgan ya a la actividad una legitimidad, al menos académica si no social, que no puede sino interpretarse en sentido muy positivo y relativamente optimista.

Lo más notable es que esta "maduración" se ha dado precisamente en la época en que las universidades y el país han sufrido una crisis que sólo parece resolverse para profundizarse más. Algo hay de paradójico en este desarrollo "contra la corriente", pues según la razón neoliberal y tecnoburocrática, la mayor parte de lo que se hace no se debería de justificar: es muy poco rentable y casi nada aplicable. Pero también hay mucho de explicable en ello, pues obviamente la tecnoburocracia no es, por fortuna, tan eficiente como quisiera. En las coyunturas, en las crisis, en las transiciones, incluso en las revoluciones, la historia cambia; pero la historia no cambia "de golpe". Las instituciones y los sujetos son historia también, objetivada e incorporada, y la historia no es sólo lo pasado: es la pugna por hacerse presente de distintos proyectos de futuro, que para ello reconstruyen el pasado cada uno a su modo.

Pero antes de revisar los "proyectos" subjetivamente incorporados en las prácticas de investigación, es necesario recuperar las tendencias del contenido de las publicaciones, que son también indicadores muy elocuentes de las transiciones que está experimentando el campo, espe-

cialmente en cuanto a las temáticas, los enfoques y los marcos teórico-metodológicos empleados.

Cada vez es más difícil identificar los estudios de comunicación con las investigaciones sobre medios. A pesar de que alrededor de dos tercios de los documentos incluidos en las muestras de antes y después de 1986 plantean temáticas relacionadas con los medios, hay algunas diferencias notables: por ejemplo, aunque se siguen haciendo trabajos estructurales y coyunturales sobre las industrias, hay mucha mayor especificidad que antes en cuanto a los aspectos considerados, políticos, económicos, ideológicos, laborales, tecnológicos y una vinculación mucho más concreta de estos aspectos con los factores contextuales, sean éstos regionales, nacionales o globales.

Es especialmente interesante, por ejemplo, la sólida riqueza de aportes que generó la pregunta por los impactos multidimensionales del Tratado de Libre Comercio de América del Norte sobre la comunicación, la cultura y las identidades mexicanas. Hay menos énfasis en el tratamiento de "los medios" en general, y un evidente y muy explicable predominio de estudios a propósito de los medios audiovisuales sobre los impresos. Si hasta 1986 se contaba un número prácticamente igual de trabajos sobre unos y otros, en los últimos años hay casi cuatro veces más publicaciones sobre televisión, video y cine que sobre prensa, revistas y libros. Aumentó también considerablemente la proporción de los trabajos enfocados sobre la radio y la música, y, muy explicablemente también, la de los estudios sobre "nuevas tecnologías", "nuevos medios" y "nuevas formas de comunicación".

Si bien es claro que en la última década se "culturizaron" las investigaciones sobre la comunicación, también hubo fuertes tendencias a "economizarlas", "politizarlas" y "tecnologizarlas", es decir, a diversificar y profundizar más específicamente las dimensiones socioculturales de objetos genéricos como "medios de comunicación", "televisión" o "espacio audiovisual". Aunque se transitó "de los medios a las mediaciones", se hizo también el muy saludable y necesario esfuerzo por regresar de las mediaciones a los medios, ante los cuales, como industria y como aparatos de hegemonía, sigue habiendo una postura muy crítica. La revisión de las temáticas abordadas por las tesis de posgrado es especialmente interesante. Antes de 1986 había muy pocos de estos trabajos, pero el *corpus* analizado incluye 70 tesis de maestría y siete disertaciones doctorales presentadas entre 1986 y 1994. Apenas poco más del 20% de ellas pueden considerarse estudios de medios, incluyendo los enfoques históricos, políticos, de análisis de contenido y de recepción de mensajes. En realidad, la mayor parte de las tesis, por su temática y

enfoque, son más bien trabajos de investigación en "ciencias sociales" o en educación que en "comunicación", en el sentido restringido que mantienen los programas de licenciatura.

Aunque no es fácil separar las temáticas de los enfoques, la tendencia al predominio de estudios más específicos y al mismo tiempo más profundos y articulables con otros tiene mucho que ver con el hecho de que más y más trabajos incorporan lo que Enrique Sánchez (Sánchez & Fuentes, 1990) llama "contenido empírico", refiriéndose a lo que, en su sentido más amplio, va más allá del ensayo informado o la teorización libre y pura y que representa un esfuerzo organizado de recolección/producción de datos. Se incluyen ahí los estudios históricos y/o estructurales, los análisis de contenido tanto cuantitativos como cualitativos, las investigaciones por encuestas, los diseños experimentales, la investigación-acción y la etnografía. En el *corpus* 1956-1986, él encontró que sólo el 38% de los documentos mostraban evidencias de "contenido empírico", y sólo el 11.2% de trabajo de campo. En el *corpus* 1986-1994, la proporción de documentos con contenido empírico alcanza el 52% y la de los que muestran trabajo de campo o interacción directa del investigador con sus sujetos el 17%, lo cual es un indicador de un aumento considerable de trabajos que son producto de proyectos formales de investigación, aunque también de la escasez de recursos para realizar extensos estudios de campo, sean cuantitativos o cualitativos.

Aunque los enfoques empíricos o "ensayísticos" son sobre todo definiciones metodológicas de los proyectos de investigación, es muy importante reconocer que los diseños dependen también, para ser viables, de la disponibilidad de recursos financieros. Las fuentes de financiamiento, además de su escasez, han tendido a vincularse muy estrechamente con criterios oficiales de evaluación tanto de la "pertinencia" como de la "cientificidad" de los proyectos, de manera que casi sólo los miembros del Sistema Nacional de Investigadores o los estudiantes de posgrados inscritos en el Padrón de Excelencia de CONACYT pueden aspirar a conseguir apoyos para realizar trabajo de campo. Las universidades, ante la existencia de estos mecanismos oficiales, han mantenido en niveles cercanos al cero los recursos de apoyo a la investigación, por lo que los investigadores se ven obligados a hacer trabajo de gabinete y los profesores a continuar exclusivamente en la docencia. No obstante, la situación en general ha mejorado en los últimos diez años, pues antes de 1986 tampoco era fácil conseguir recursos de apoyo para la investigación, o los que otorgaban organismos internacionales, a veces montos muy generosos, no siempre se traducían en productos publicables.

Cabe hacer notar que el establecimiento de centros institucionales de investigación, como el Programa Cultura de la Universidad de Colima, el CEIC (ahora DECS) de la Universidad de Guadalajara, y el PROIICOM de la Universidad Iberoamericana, todos con menos de diez años de antigüedad, ha implicado la formulación de programas de investigación y la instauración de mecanismos formales de producción y difusión de sus productos que las escuelas de comunicación, definidas por su labor docente, en su mayoría no contemplan. Estos programas, así sea en términos muy generales, han definido las "líneas" temáticas y teórico-metodológicas de todos o al menos de sus más importantes y productivos proyectos concretos de investigación. Las culturas contemporáneas, los medios de difusión y sus mediaciones histórico-estructurales y las prácticas sociales de comunicación desde la recepción de mensajes, se han convertido así en los "núcleos" más fuertes de impulso a ciertos enfoques que no por coincidencia se centran en los trabajos de investigadores reconocidos nacional e internacionalmente, como Jorge A. González, Enrique Sánchez y Guillermo Orozco, con un énfasis compartido sobre la televisión como objeto, la multidisciplinariedad como estilo y la articulación de la reflexión metodológica con el trabajo empírico como divisa, aunque con diferencias entre sí con respecto a diversos aspectos de la práctica académica, sus orientaciones prioritarias y sus estrategias de desarrollo.

La ideología profesional y los estilos de investigación

Como se ha señalado, en el estudio de donde se extrae este trabajo se trató de analizar la determinación social del sentido de prácticas situadas estructuralmente, en un proceso multidimensional que al mismo tiempo que ha impulsado la estructuración del campo académico de la investigación de la comunicación en México, ha definido los rasgos distintivos de la constitución de los sujetos como agentes en el campo. Una reconstrucción de la configuración cognoscitiva de este campo, que aquí se expone en resumen, se realizó a partir de 24 entrevistas abiertas, en que se buscó sintetizar las representaciones de los investigadores en tres dimensiones interpretativas: sobre las trayectorias profesionales personales, las identidades o *habitus* profesionales, y la proyección utópica del trabajo académico.

La "reinterpretación" (Thompson, 1993) elaborada sobre la articulación de estas dimensiones se organizó en términos de una reconstrucción de los procesos colectivos de construcción de una "ideología pro-

fesional”, articuladora del *habitus* y del *campo* (Bourdieu, 1972), que opera como “matriz disciplinaria” en su acepción más amplia, y en términos de posiciones relacionales entre los investigadores, agentes “en lucha” por el prestigio y la legitimación, lucha en función de la cual el conocimiento es instrumentalizado por los sujetos (Bourdieu, 1988).

Diferencias personales y circunstanciales aparte, los sujetos relataron su trayectoria a partir de su elección de la comunicación como carrera, sea en el momento de ingresar a la universidad o, quienes cursaron otros estudios, en el momento de integrarse al campo. En todos los casos (sin excepción, aunque con distintos énfasis), los investigadores mencionaron como determinante la ambivalencia, amplitud o indefinición del perfil profesional de la carrera, ante características personales (auto-definidas) diversas, y ubicadas en entornos institucionales distintos, aunque limitados a ciertas universidades y una época: la primera mitad de los setenta. Pero dentro del “amplio espectro” de la carrera de comunicación, sea como estudiantes o como docentes, la elección de la “especialización” como investigadores sí es una dimensión muy variable entre los académicos entrevistados. Hay quienes hablaron de una “vocación” claramente asumida desde muy temprano; algunos profundizaron en los factores que determinaron esa vocación, en diferentes direcciones. Otros enfatizaron más bien las circunstancias de una época y un lugar —de un proyecto académico emergente— como determinantes de sus carreras como académicos de la comunicación. Unos más, finalmente, no se consideran a sí mismos investigadores, aunque sí académicos: más bien se identifican como docentes, como “formadores” de comunicadores.

El juicio colectivo sobre las condiciones de origen del campo académico es en buena medida homogéneo, tanto en lo que respecta a la reconstrucción de la inserción personal en él, como en cuanto a una caracterización de la época y lugar. No deja de percibirse una mezcla de nostalgia y desencanto, en muchos casos explícitamente formuladas y asumidas como tales, en el discurso de los entrevistados sobre esos años (“los setenta”), en que se ubican los orígenes del campo y de las trayectorias personales de los de mayor edad. Esa fue, también, una época de conflictos, que veinte años después son más “fríamente analizados” por sus protagonistas.

La lucha por “el monopolio del saber legítimo” (Bourdieu, 1988) en el origen del campo de la investigación académica de la comunicación en México, fue entablada sobre todo entre quienes buscaban enraizar los modelos “científicos” empiristas y quienes radicalizaron el compromiso “académico” con la transformación social, según el modelo de la

“militancia” latinoamericana. Esta época de “conflictos” (que se sitúa entre 1976 y 1982) marcó sin duda los límites sobre los que habría de seguirse desarrollando el campo, pero también contribuyó determinante-mente a configurar el *habitus* de los investigadores, y a generar entre los protagonistas más directos al mismo tiempo “enormes aprendizajes” y “distancias” personales casi insalvables. Sin embargo, puede decirse que los sujetos comparten la sensación de que en esta lucha todos resultaron perdedores, ya que su reconstrucción de “la crisis de los ochenta”, matices aparte, es muy homogénea, sobre todo en cuanto a la investigación como profesión.

El diagnóstico colectivo sobre las condiciones para el desarrollo académico en los años ochenta, especialmente formulado en términos institucionales (infraestructuras y políticas universitarias) y laborales (remuneración) concluye en reconstrucciones más “alentadoras” de la “situación actual”. La implicación de analizar explícitamente las razones por las cuales la mayor parte de los investigadores buscó ingresos complementarios, pero no dejó la universidad, permite explicar, mediante la abducción de algunos rasgos propios del *habitus* específico, tanto esta permanencia (de hecho) como la lógica de la oposición entre “satisfacción personal” e “insatisfacción económica” o los condicionantes de los rechazos individuales a asumir el “liderazgo” en el campo, proyectados en otros instrumentos del mismo estudio. En el contexto en que fueron formuladas estas reconstrucciones, los investigadores enfatizaron la fuerza de la “satisfacción personal” y una manera de asumir el compromiso con la profesión como todo un “proyecto de vida”.

Si en los años setenta, entonces, se conjuntó una serie de factores contextuales (económicos, políticos, culturales) que facilitaron la emergencia y desarrollo de una “utopía comunicacional” (profesional y social) a la cual se adscribieron muchos de quienes optaron por la carrera académica, y por ello en buena medida la investigación como proyecto se convirtió, de entrada, en un espacio de conflicto, en los años ochenta el cambio en esos factores contextuales (“crisis nacional”), que además coincidió con el crecimiento desmedido de los programas de licenciatura y con la generalización de la conciencia de la “debilidad” tanto científica como política de la investigación de la comunicación, determinó una reconfiguración del campo académico como estructura institucionalizada, que en lo cognoscitivo implicó a su vez un “ajuste” en el *habitus* comunitario y un mayor grado de “exigencia” interna, aunque eso signifique una disminución del número de “investigadores”. De ahí sale la representación tanto del “estado actual” del campo, como de su futuro previsible, donde vuelve a presentarse un alto grado de consenso.

Creo que vamos a estar muy pocos haciendo investigación académica en el futuro, pero los pocos vamos a estar con mejores posibilidades de hacerla. Y a lo mejor va a ser una investigación más importante, en términos de que va a ser una investigación mucho más precisa, mucho más vinculada, menos allá en la estratósfera y que pueda aportar más cosas, tener una incidencia mayor aunque seamos menos.

La preocupación por la “dispersión” y por la debilidad del campo de la investigación se encuentra muy generalizada, y es asociada en las entrevistas con tres tipos de factores: por un lado, los institucionales (falta de apoyo al campo); por otro, los teórico-metodológicos (indefinición del objeto); y también, con factores interpersonales (aislamiento, conflictos). Con sorprendente frecuencia, los sujetos más antiguos en el campo hablaron de “reconciliación” como deseo personal compartido, pero también de la prevalencia de la “envidia” como actitud generalizada, a la cual asociaron —casi todos— directamente, tanto la debilidad del campo como el aislamiento individual percibidos.

Es muy notable la general consideración de que el trabajo de investigación es “solitario y aislado”, tanto en razón de las condiciones “objetivas” como sobre todo por causas intersubjetivas (envidias, conflictos), aunque también “por preferencias personales”. Por ello puede interpretarse que el “aislamiento objetivo” es bastante menor que el percibido por los sujetos. A lo largo de más de un año en que se realizaron las entrevistas, el entrevistador fue sorprendiéndose cada vez más de la homogeneidad de las representaciones al respecto, que cada uno de los investigadores caracterizaba como “una impresión muy personal”. Este y otros rasgos son compartidos por la mayoría de los entrevistados, como parte de su *habitus* específico, sin que los sujetos sean conscientes de ello.

Por otro lado, la preocupación de los investigadores “establecidos” por la reproducción del campo es compartida, casi en los mismos términos, por los pocos, más jóvenes, que se han incorporado en los últimos años al campo, y en general, éste es percibido de una manera poco auto-complaciente por la mayoría de los investigadores entrevistados; en este rasgo de las representaciones hay también una amplia coincidencia, independientemente de la antigüedad de los sujetos.

Pero entre la multiplicidad de factores abordados y desarrollados por los sujetos entrevistados, a diferentes niveles de abstracción y de generalidad, algunos son únicos y aportan claves muy interesantes de interpretación no sólo de la trayectoria y posición de quien los propone, sino del propio campo o alguno de sus aspectos, como los siguientes:

Yo creo que en todo ser humano una de sus necesidades vitales es la de identidad. Supongo que eso lo acepta todo el mundo. Y teníamos una enorme necesidad de nombrarnos a nosotros mismos de alguna manera. Curiosamente, yo creo que nunca a nadie le satisfizo el nombre de comunicólogo. Creo que sigue sin satisfacerle a nadie, pero no tenemos otro. Uno de nuestros problemas, que yo creo que exacerbaba mucho todas estas broncas, es que no nos sentíamos ciudadanos de ningún país, no nos sentíamos dueños de ningún territorio. Entonces, nuestras reacciones exacerbadas muchas veces eran inclusive contra los de afuera, que además se reían de nosotros.

La necesidad de influir en lo que está pasando [en el país] desde la academia, la siento de una manera muy distinta a como la sentía yo en el 79. Con toda la ingenuidad de esa época, la inmadurez como gremio y en lo personal yo, bueno, hubo propuestas que cada vez que me acuerdo de ellas me dan entre pena y risa, pero la inquietud es la misma de ahora. (...) Es muy importante hacer un balance estrictamente desde el punto de vista intelectual, académico, de producción, de ese corte, y al mismo tiempo retomar aquello que estuvo presente en los años iniciales, que era la gana de participar. (...) Si teníamos veintitantos años y ahora tenemos cuarentaitantos, bueno, estamos en (...) una etapa madura y se puede hacer un planteamiento (...) muy concreto.

Si queremos hacer campo de investigadores de comunicación o de una problemática que se parezca a eso, lo primero que tenemos que hacer es operar como operan los campos. Tenemos que acumular capital específico y ese capital específico es saber. (...) Si queremos hacer un campo de la investigación tenemos que ocuparnos en conocer a fondo los instrumentos de nuestro saber, que no son de nadie, ni de los sociólogos, son de todo el mundo. En la medida en que efectivamente tengamos calidad en el manejo de lo que existe y en el diseño de las nuevas cosas, y digamos que somos de comunicación así como cuates, empezaremos a ser muy respetados. (...) Seremos campo cuando empecemos a generar conocimiento. Y eso se hace con instrumentos, hablo del proyecto de investigación, con discusión, porque eso es lo único que hace que te respeten los otros.

La identidad profesional, entonces, de los investigadores de la comunicación como campo académico, está sujeta aún, según ellos mismos, a un proceso de construcción para el cual parecen estar sentadas las bases y en función del cual es necesario instrumentalizar el conocimiento producido en dos sentidos opuestos pero complementarios: hacia "afuera", en términos de responsabilidad social, como estrategia de legitimación (política), y hacia "adentro", en términos metodológicos, como condición para la profesionalización (científica). En la articulación entre uno y sentidos, la ideología profesional, el habitus, la "matriz disciplinaria" operante como "núcleo común de sentido básico compartido" en las

prácticas estructuradoras de los sujetos, revelan una ética claramente definida y profundamente enraizada, aunque insuficientemente formulada, quizá por ser la "lógica subyacente" más profunda de articulación del sentido.

Probablemente los "regresos a cuestiones místicas, esotéricas" (como la astrología) que, a veces como juego, a veces como "discurso subterráneo" se advierte en algunos investigadores de la comunicación son, según uno de ellos,

síntomas de que está en el aire que necesitamos nuevas maneras de entender las cosas y de cohesionar y de remoralizar y de volver a dar sentido a todo lo que está pasando.

Porque

nosotros estamos haciendo un campo académico de la comunicación para una lógica del siglo pasado, para una sociedad que ahorita está en crisis, para una forma de vida social, para una lógica de comprensión y de sentido que actualmente está en crisis, y estamos luchando por institucionalizar algo que tiene un impulso que lanza hacia otras partes, y lo jalamos a ésto, que es un cascarón que ya se está desbaratando. Es un suicidio. (...) El campo académico de la comunicación es todavía una intención que no cuaja. Todavía estamos ahí. Somos jovencísimos, muy jóvenes. Estamos en un momento en el cual todo está moviéndose, por decirlo de alguna manera: es un proceso global que va a repercutir en siglos, estamos en una transición...

Esta es una de las "opciones de futuro" que algunos (pocos) investigadores le ven al campo de la comunicación, y que en un sentido muy radical ("de raíz") extiende la "imaginación utópica" fundacional del campo hacia el porvenir, en términos socioculturales y científico-morales a la vez. Por el otro "extremo", con un horizonte sociocultural quizá menos utópico, otros (pocos) investigadores plantean como "opción de futuro" para el campo académico una "recuperación" de su inserción en el mercado de la producción de información, mediante proyectos de investigación aplicada:

Esto es un proceso (...) se nos olvida que algunos de los grandes investigadores de la comunicación, incluyendo a Lazarsfeld y a Eco y a Schramm y a muchos otros, en muchos momentos de su desempeño profesional sintieron la necesidad —o se vieron obligados— a vincularse a actividades mucho más pragmáticas que las que en teoría suponía la actividad académica. (...) Yo pensaría que a lo mejor en algunos de nosotros existe eso: la necesidad de alimentar la reflexión teórica con retos muy prácticos. No digo que sea la solución para todos, pero a lo mejor para algunos de nosotros sí lo es.

De cualquier manera, ambas "opciones" previstas suponen una reorientación radical de las bases sobre las cuales se han institucionalizado, así sea precariamente, las actividades de investigación académica, tanto en lo social como en lo cognoscitivo. En ambos casos ("el gran salto hacia adelante" o "la recuperación del pragmatismo"), están implícitas una reconfiguración del sentido básico de las prácticas de investigación, un reconocimiento del cambio en las condiciones contextuales más generales, la necesidad de reforzar la solvencia metodológica de los investigadores y la disolución de las constricciones disciplinarias del campo.

Pero la lucha por el prestigio (individual y colectivo) es sin duda un factor clave para entender los procesos multidimensionales de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México. Este factor, manifiesto en innumerables estrategias conductuales y discursivas ("políticas" tanto como "científicas") de los sujetos, ha desembocado en una tensión fuertemente equilibrada (y que por lo tanto tiende a la inmovilidad) entre "la competencia por logros creativos" y "la competencia por la monopolización del saber legítimo" (Knorr-Cetina, 1981: 70), entre muy pocos agentes (personales e institucionales) que han internalizado las condiciones objetivas externamente impuestas al campo y a sus prácticas (la "inconsistencia disciplinaria", la "dependencia estructural" y la "crisis universitaria") y han mantenido como instrumentos (recursos y esquemas interpretativos) de su agencia estructuradora (Giddens, 1984) los proyectos "fundacionales" de la "institucionalización académica", la "autonomía intelectual" y la "continuidad utópica" hasta un momento que parece ser (así es percibido por los sujetos) un límite histórico de viabilidad. Por ello, sin que los sujetos sean conscientes de ello, nadie asume subjetivamente (pudiéndolo "objetivamente" hacer) el rol de liderazgo intelectual y político que, por la vía del prestigio pueda generar poder legítimo (Sewell, 1992) tanto al "interior" como al "exterior", como exige el campo para sobrevivir como tal.

La interpretación, prácticamente unánime entre los sujetos entrevistados, sobre la "debilidad disciplinaria" del campo, y al mismo tiempo, sobre la "relevancia creciente" en términos socioculturales del "objeto" de estudio, apunta hacia una "reinterpretación" más profunda de los factores de la (re)configuración cognoscitiva del campo, en una dimensión ética, que la sociología de la ciencia ha explorado menos y que, como señala Pickering (1992), implica el paso definitivo de una concepción de la ciencia como conocimiento a una concepción de la actividad científica como práctica socioculturalmente determinada y éticamente orientada, donde los sujetos generan y regeneran continuamente el sen-

tido. A partir de este eje, por ello, en la conclusión de este trabajo se expone un modelo de la estructuración/desestructuración/reestructuración del campo, y se enfatizan las opciones vigentes para su legitimación académica y social.

Estructuración y reestructuración del campo académico

El estudio aquí parcialmente reseñado (Fuentes, 1997) tuvo la pretensión general de explicar cómo es que en el entorno sociocultural de México, "en transición" global, y dentro de un sistema nacional de educación superior caracterizado por fuertes tensiones tanto internas como externas, la investigación académica de la comunicación emergió en los años setenta en algunas universidades como un proyecto articulado por la utopía, atravesó la "crisis" de los años ochenta sentando paradójicamente las bases de su institucionalización, y enfrenta, en los años noventa, los retos de su consolidación como práctica académica profesionalizada y legitimada.

Hipotéticamente, este proceso multidimensional, complejo y contradictorio, de desarrollo del campo académico de la comunicación en México, ha sido determinado, en su escala más general en los últimos veinticinco años, por la coincidencia de intensos y extensos procesos de cambio, por una parte en las condiciones del mercado académico nacional, y por otra en los marcos epistemológicos y teórico-metodológicos del estudio de la comunicación. Así, se sostiene que han confluído factores económicos y políticos con factores intelectuales y culturales en la conformación del "escenario" sociocultural en el que los investigadores mexicanos de la comunicación se han constituido como agentes responsables y relativamente autoconscientes de las prácticas académicas que a su vez han estructurado el campo.

Debido a que el autor participa como sujeto en los procesos que tomó por objeto de estudio, la investigación adoptó de entrada un carácter auto-reflexivo, orientado por el principio metodológico de la "observación participante" (Bourdieu, 1989; Bourdieu & Wacquant, 1992). En diálogo con las principales corrientes contemporáneas de la sociología del conocimiento, especialmente las constructivistas, el trabajo asumió un acercamiento empírico exploratorio para la construcción de su objeto, lo que supuso acopiar y sistematizar un volumen considerable de información hasta entonces dispersa, a propósito de la producción mexicana de conocimiento sobre la comunicación y sus condiciones contextuales; sobre sus productores, tanto individuales como institucionales; y

sobre sus productos objetivos, especialmente las publicaciones académicas.

También fue necesario actualizar y organizar la información referida a los programas universitarios en que se localiza ese conocimiento y las asociaciones académicas que lo articulan, así como sobre los individuos que lo cultivan, sus historias de vida profesionales y las configuraciones cognoscitivas que ha adoptado. Las bases de datos correspondientes, cuya utilidad en sí mismas es indiscutible como infraestructura para la investigación y para la toma de decisiones, son sin embargo sólo la plataforma instrumental, el recurso a partir de cuyo aprovechamiento analítico se pretendió sustentar con datos concretos las interpretaciones que se buscó establecer como modelo de la estructuración del campo académico. Para hacer esto, se formularon dos modelos heurísticos, uno sobre las estructuras y otro sobre los procesos de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación.

Metodológicamente, entonces, la investigación se orientó por una lógica híbrida: en tanto que el objeto de estudio se construyó desde una perspectiva sociocultural, fue necesario dar cuenta de las relaciones entre hechos sociales objetivos e interpretaciones subjetivas no directamente observables. Como se trató de no subordinar el estudio de una dimensión al de las otras, sino de analizar la determinación del sentido de prácticas situadas estructuralmente para construir un modelo de la estructuración del campo académico, se requirió el empleo de métodos descriptivos variados para sistematizar la información sobre diversos aspectos del objeto, al mismo tiempo que un método explicativo para integrar consistentemente los resultados de esos análisis "parciales", desde una posición hermenéutica.

La "pregunta central" alrededor de la cual se organizaron el diseño e instrumentación del estudio suponía buscar y encontrar heurísticamente,

¿cuáles son y cómo operan los factores socioculturales determinantes de la confluencia entre las configuraciones del conocimiento (saberes prácticos, instrumentales, formales) y las prácticas que ejercen los agentes "investigadores académicos" en la constitución del campo académico de la comunicación en México?

Desde el principio se pretendió identificar esos "factores socioculturales determinantes" tanto en las estructuras externas al campo como en sus articulaciones internas, constitutivas, en las prácticas de los sujetos, de los "investigadores académicos" como agentes de la estructuración. Para ello se formuló un "contexto triple" (cognoscitivo, sociocultural e institucional), caracterizado por una crisis múltiple en la cual la inconsistencia disciplinaria, la dependencia estructural y la crisis universitaria

se consideraron como condiciones objetivas, externamente impuestas a los procesos de estructuración del campo, y la institucionalización académica, la autonomía intelectual y la continuidad utópica como factores constitutivos, internos, de las prácticas estructuradoras (agencia), ante tales condiciones. Esto suponía, a su vez, que

los investigadores académicos de la comunicación en México articulan sus prácticas y sus configuraciones de conocimiento mediante la internalización de esas condiciones y la exteriorización de un proyecto institucionalizador relativamente compartido.

De ahí, la formulación de la hipótesis general con la que se trabajó:

La estructuración del campo académico de la investigación de la comunicación en México ha estado determinada por la agencia de sujetos que comparten un proyecto generacional utópico, fuente primordial del sentido de sus prácticas y de su identidad profesional; esta agencia ha estado a su vez determinada por su situación en un entorno institucional, disciplinario y social caracterizados por la escasez de recursos, la inestabilidad y la marginalidad, que han limitado su crecimiento, y por su desarticulación de la generación de saberes instrumentales sobre la comunicación, que ha obstaculizado su legitimación social.

Los análisis realizados sobre los programas, las asociaciones, las publicaciones y las configuraciones cognoscitivas del campo, a partir de fuentes tanto secundarias como primarias, permitieron no sólo validar empíricamente la primacía postulada de los factores “internos” (subjetivos, ideológicos), y su determinación por las condiciones “externas” (estructurales, económicas “en última instancia”) en los procesos de estructuración y desestructuración, sino también inferir y proyectar (a partir del discurso de los propios investigadores) las opciones estratégicas de reestructuración que, sobre todo, la “profesionalización avanzada” ha abierto al campo en la última década en términos de su legitimación académica y social.

Resulta de particular relevancia la “doble disyuntiva” postulada: el avance de la agencia de los sujetos hacia la reestructuración del campo y a través de ella hacia la legitimación, está determinado (limitado, mediado) por tres “nuevas” condiciones, que se resumen en la profesionalización avanzada de los sujetos y que suponen la “postdisciplinización” (ruptura de las “fronteras” disciplinarias) de las prácticas de investigación, la demostración de la solvencia metodológica (capacidad sistemática de resolver problemas) de los académicos “de la comunicación” y la reconfiguración del sentido de las prácticas y de los proyectos (individuales, colectivos e institucionales) que se oponga frontalmente con la

“inercia conformista” que las estructuras vigentes han generado y acumulado.

Esa es la primera disyuntiva que se presenta en los años noventa al campo: cambiar o desaparecer como campo académico productivo. La segunda disyuntiva supone el cambio y el “enfrentamiento” de las “nuevas condiciones” anotadas mediante la profesionalización avanzada, para buscar la legitimación a través de la “extensión de la imaginación utópica” o a través de la “recuperación del pragmatismo”, apuestas por el futuro que se plantean como mutuamente excluyentes.

En la primera mitad de los años noventa, la tendencia hacia la fragmentación cobró mayor fuerza en el campo de la investigación académica de la comunicación en México, que la tendencia hacia la síntesis. Por una parte, debido a que la “lucha” por la hegemonía en el campo (transinstitucional) ha quedado subordinada, en el contexto de la crisis institucional de las universidades mexicanas, a la “lucha” de los investigadores académicos de la comunicación por la conservación de los “espacios” (intra-institucionales) y los recursos concedidos a la investigación, lo cual no ha facilitado ni la emergencia de “líderes” fuertes ni la incorporación de nuevos agentes (individuales, institucionales y regionales) al campo.

A partir de los análisis de los procesos de la institucionalización social del campo, se establecieron tres lógicas subyacentes en las prácticas de los investigadores académicos de la comunicación en México para “acumular capital” (prestigio) en el campo articulando su trabajo (y “posicionamiento”) a través de actividades más bien “intelectuales” (publicaciones, conferencias, cursos), más bien “políticas” (coordinación de asociaciones, organización de eventos), o mediante ambos tipos de intervención, para acumular al mismo tiempo “capital social” (relaciones “políticas”, méritos organizacionales) y “capital cultural” (aportes “intelectuales”, méritos científicos).

Por otra parte, una vez realizados los análisis correspondientes a la configuración cognoscitiva del campo, pudo sintetizarse en términos de relaciones entre posiciones, el estado actual del campo académico, con base en los “atributos” que utilizan los sujetos que lo “dirigen” (colectivamente) para “movilizar recursos” y “reconfigurar esquemas”, es decir, para constituirse como “agentes hegemónicos”.

La información recopilada sobre los 49 sujetos incluidos en la muestra de investigadores, se concentró en una base de datos compuesta por 28 “variables”, de todas las cuales se construyó una matriz de correlación que hizo ver (entre otras muchas relaciones) que los rasgos más fuertemente correlacionados (estadísticamente) entre sí fueron el núme-

ro de publicaciones y el reconocimiento por los pares (coeficiente de 0.8265), y ambos con el grado académico (doctorado), la pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores y las elecciones para puestos de coordinación y presidencia de las asociaciones académicas. De esta manera se verificó, por una parte, que el prestigio de los investigadores en el campo depende sobre todo de su "calificación científica" (o al menos de su "visibilidad" para los demás sujetos, que los eligen y reconocen). De ahí, también, la constatación de los factores de la concentración encontrada entre individuos y entre instituciones, y la dificultad creciente para que ese patrón de concentración se "rompa".

Pero por otra parte, esta concentración y estructuración relativa de posiciones se relaciona también, mediante la interpretación de los análisis sobre la configuración cognoscitiva del campo, con el predominio creciente de la tendencia hacia la fragmentación sobre la tendencia hacia la síntesis (disciplinaria) de la investigación de la comunicación. No sólo en las publicaciones de los sujetos mejor "posicionados", sino en términos más amplios, se explicita que la profesionalización avanzada en curso (reconocible como creciente cumplimiento de los "perfiles" oficialmente impuestos) implica más el reconocimiento de la investigación como trabajo de "ciencias sociales" que como producto de una disciplina que se pudiera llamar "comunicología".

En un sentido, se confirma así que la institucionalización del estudio de la comunicación en México no ha generado una "matriz disciplinaria" científicamente consistente porque ha obedecido a lógicas contradictorias y desarticuladas entre sí, entre las cuales ha predominado la del crecimiento (cuantitativo) de la oferta de docencia a nivel de licenciatura y a la que se ha subordinado el desarrollo (cuantitativo y cualitativo) de programas de posgrado, la investigación y la elaboración de sistemas teórico-metodológicos.

En otro sentido, al margen de la institucionalización disciplinaria del campo, se han incorporado elementos cognoscitivos que rechazan la pertinencia de ésta, que enfatizan la importancia de la metodología para la construcción del conocimiento, y que implican una reconfiguración del sentido de las prácticas académicas ante un entorno (nacional e internacional) rápidamente cambiante, amenazante, y que parece exigir una redefinición radical de las relaciones universidad-sociedad, en una conjunción de cambios estructurales (de diversas escalas) y epistemológicos (esquemas interpretativos específicamente científicos).

Las dos principales consecuencias reconocibles por los sujetos son la afirmación del "alejamiento" de la investigación con respecto a la formación de profesionales, y la fragmentación, que tiende a escindir las

prácticas de investigación no sólo de las de las licenciaturas en comunicación, sino de las articulaciones "internas" sobre las que (precaria e insuficientemente) se ha desarrollado el campo hasta ahora. Es evidente que la legitimación académica y social es más relevante que nunca antes para justificar el trabajo en esta área —y la "instrumentalización" del conocimiento generado en "aplicaciones concretas"—, sobre todo cuando se refuerza la "centralidad" de las prácticas socioculturales de comunicación en la reconfiguración del mundo contemporáneo. La disyuntiva entre la "extensión de la imaginación utópica" y la "recuperación del pragmatismo" formula una tensión que comienza a experimentarse (y a explicitarse) entre algunos de los investigadores académicos mexicanos de la comunicación, como una urgencia estratégica, del nivel de la "supervivencia" profesional.

Por ello se hace indispensable emprender una amplia y profunda discusión reflexiva en que participen "todos" los investigadores de la comunicación, sobre las reorientaciones posibles de sus prácticas y, muy especialmente, sobre la densidad ética y epistemológica con que pueda justificarse académicamente y legitimarse socioculturalmente el campo, en términos de su propia historia. Sólo el proyecto de futuro así configurado podrá rearticular la "continuidad utópica" con la "estructuración científica" del estudio de la comunicación en México.

Notas y referencias bibliográficas

- Bourdieu Pierre (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Droz, Geneve.
- (1988): *Homo Academicus*. Stanford University Press, California.
- (1989): *O poder simbólico*. DIFEL, Lisboa.
- & Loïc J. D. Wacquant (1992): *An invitation to reflexive sociology*. Polity Press, Cambridge UK.
- Fuentes Navarro Raúl (1988): *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986*. Ediciones de Comunicación, México.
- (1991): *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*. ITESO/CONEICC, Guadalajara.
- (1996): *La investigación de la comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. ITESO/Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (1997): *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. ITESO/Universidad de Guadalajara, Guadalajara, en prensa.
- Giddens Anthony (1984): *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. University of California Press, Berkeley/Los Angeles.
- (1989): "The orthodox consensus and the emerging synthesis", en Dervin et al. (eds), *Rethinking communication*, Vol 1: paradigm issues. Sage, Newbury Park, CA, pp. 53-65.
- Knorr-Cetina Karin (1981): *The manufacture of knowledge. An essay on the constructivist and contextual nature of science*. Pergamon Press, Oxford.
- Peters John Durham (1986): "Institutional sources of intellectual poverty in communication research", in *Communication Research* Vol. 13 No. 4, pp. 527-559.
- Pickering Andrew (1992): "From science as knowledge to science as practice", in Pickering (ed), *Science as practice and culture*. The University of Chicago Press, Chicago & London.
- Sánchez Ruiz Enrique E. y Fuentes Navarro Raúl (1990): "Fieldwork problems in Mexican communication research", in Narula & Pearce (Eds), *Cultures, Politics and Research Programs: An International Assessment of Practical Problems in Field Research*. Lawrence Erlbaum Associates, Hillsdale NJ, p. 6388.
- Sewell Jr. William H. (1992): "A theory of structure. Duality, agency and transformation", in *American Journal of Sociology* Vol 98 No 1, p.1-29.
- Thompson John B. (1993): *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, México.